

El valle de la muerte.

Como casi todas las noches, Mary y Paul salen al viejo escenario para ejecutar, con la limitada agilidad que les permiten sus casi octogenarios cuerpos, los acostumbrados bailes y números cómicos. No desisten de levantar el telón porque es la única ilusión que les queda, la que les ata a la existencia, a pesar de que su local está perdido en un interminable desierto del sudoeste de California y aunque tienen más público en los techos y paredes, decorados con caras de ángeles y anónimos personajes, que en las desoladas filas de butacas, ocupadas habitualmente por indios despistados, atípicos turistas deseosos de conocer de cerca esta locura inviable o vagabundos que huyen de la vida normal como un día lo hicieron Mary y Paul.

Hoy es una jornada especial porque han acudido a la función varios periodistas europeos que están preparando un reportaje sobre la aventura de estos dos soñadores. Ellos les han servido de guías por los monótonos parajes del gran desierto; de su boca han conocido la historia del abandonado pueblo minero, de sus casas de madera repetidas hasta el infinito, de su iglesia sin culto y su oficina del sheriff con los calabozos abiertos al polvo y el viento del desierto; y, por supuesto, de su decorado cabaret donde los olvidados pioneros bailaron, bebieron y gastaron fortunas al son de una pianola. También han escuchado asombrados su propia historia, la de una pareja de amantes a finales de los sesenta, una época de cambios en la que muchos intentaron buscar un sentido a su vida; algunos aún siguen hoy día con ese empeño.

Una tarde cualquiera del sesenta y ocho el coche de Mary y Paul se averió en medio del pueblo fantasma. Mientras el hombre se afanaba en componer el motor del vehículo, Mary se perdió por las desiertas calles, escuchando el sonido del viento que le acercaba ecos de voces olvidadas hace muchos años. En una ventana sin cristales una muñeca de

porcelana vigilaba la calle, esperando quizá el regreso de quien un día fuera su dueña; el sol iluminaba su pálida cara y arrancaba destellos de sus ojos de cristal. Cuando Mary contempló esto lo interpretó como una señal de que aquel lugar era el que les correspondía a ella y a su pareja; no le costó demasiado convencer a Paul de que se quedaran allí unos años, que luego se convirtieron en toda una vida. Nadie les echó de menos en la ciudad y eso fortaleció su opinión de que su verdadero sitio estaba allí, en medio de ninguna parte: en el Valle de la Muerte.

Los periodistas escuchan maravillados esta historia; ya están organizando su partida para el día siguiente, mientras preparan en sus mentes la crónica que llegará a sus lectores, quienes en su mayor parte tacharán de locura inútil esta aventura y de dementes a sus protagonistas. Pero esto no es motivo de preocupación para Mary y Paul, que seguirán levantando el telón hasta que la muerte acabe con ellos y con la última ilusión del olvidado desierto.

Rubén

Álvarez

Vázquez,

febrero 2004.